

De cómo una biblioteca también muere

Escribe: NELSON NICHOLLS SANTACOLOMA

Que una biblioteca no muere cuando se traslada de un lugar a otro sino cuando se fracciona en partes, cada una de las cuales toma rumbo distinto, es una verdad incontrovertible que don Luis Villagómez tiene averiguada y aun vivida, como director que fue hasta hace muy poco de una que murió de esa manera. Se engañan quienes crean que una biblioteca especializada puede prestar mejor servicio si se la divide en varias partes. Lo curioso es, nos dice don Luis, que estas cosas sucedan en una época tan dada como esta justamente a todo lo que signifique integración.

Si las bibliotecas técnicas en particular son la obra de una larga y lenta complementación de materias y es tan natural en ellas crecer y desarrollarse como cualquier ser viviente, no se comprende en qué forma pueda operar la idea de poner en apartados lugares, al servicio de especialistas, las incompletas secciones en que esas bibliotecas hayan sido desventuradamente divididas. Y si los lugares a donde han sido enviadas esas partes incompletas no cuenta, como las ciudades, con diversas bibliotecas que puedan complementar en un momento dado una investigación, la función de dividir en tal forma un centro de estudio y de consulta organizado resulta aún más incomprensible. Se diría que quien promueve y realiza tamaña insensatez padece de bibliofobia. Don Luis Villagómez nos dice que él no va tan lejos en su apreciación y ve en ello solo un signo de la época que vivimos. De todas maneras, la fría realidad del hecho es tan elocuente que quizá no sea necesario hacer mucho esfuerzo para buscarle un apropiado calificativo. Dejemos, pues, a don Luis que haga un relato de su experiencia como director de la dividida Biblioteca de Agricultura de Onfalia.

Discurre el trabajo en las bibliotecas tan calladamente, que a veces la irrupción de un golpe de martillo que se cuele por una ventana sorprende a los estudiosos como el anuncio de un grave suceso. Y es que no se conciben sus tareas sin ese ambiente de sosiego que es como el soporte de su buen aprovechamiento. Dentro de ese tranquilo ambiente desarrollaba la Biblioteca de Agri-

cultura de Onfalia, al cuidado de don Luis Villagómez, su tarea de divulgar los conocimientos de su especialidad, con fructíferos resultados. ¡Quién creyera, sin embargo, nos dice don Luis, que tan necesario ambiente de paz habría de ser interpretado por algunos, al cabo de un tiempo, como señal de oficinesca holgazanería! Intepretación absurda de donde nació, más probablemente que de ninguna otra, la determinación de suprimir, so capa de reformas, esa biblioteca que hasta entonces había constituido un acervo muy apreciable de valiosas colecciones, algunas inhallables hoy. Fue así como un día se coló hasta el recinto de aquella biblioteca un golpe de martillo más fuerte y demoleedor que ninguno otro: el del anuncio de su próxima desaparición. Empezaba, pues, el inmerecido calvario para los libros que conformaban el importante centro de estudio que la labor de muy devotos impulsores de una rama de la cultura había formado en Onfalia durante un buen cuento de años.

No es fácil tarea la de proceder a la liquidación de una biblioteca. No tan solo por la minuciosa labor de recuento y verificación que ella supone, sino principalmente por esa como especie de desgarramiento que implica para un amante de los libros, el ver cómo se desintegra un conjunto nobilísimo de piezas que no se sabe de pronto en qué ha de parar. Lo sabe muy bien el bibliófilo que haya vivido esa experiencia aun con libros ajenos. ¿Por dónde empezar? ¿En qué día? Don Luis Villagómez nos confiesa que hasta último momento esperó él la llegada de alguna contraorden que dejase las cosas como estaban. Tal la dulce esperanza del sentenciado a muerte. ¿No podría ser un error, un mal entendido, esa inesperada notificación que, por lo demás, no le había sido oficialmente comunicada? Vana esperanza. Con la cruel indiferencia de los sepultureros, un día hicieron su aparición ante don Luis, almacenista y visitantes bien provistos de pliegos para el acta correspondiente. El acta de defunción. No había, pues, nada qué hacer. Era necesario acometer de lleno la empresa dolorosa. Y vino el cotejo de inventarios, y el bajar de las estanterías a tantos "inocentes" y el guardarlos en cajas de madera (¡ay! de madera también) que luego descargaban sobre el suelo con golpes que recordaron a don Luis, aquellos versos estremecedores de Antonio Machado en el entierro de un amigo: "un golpe de ataúd en tierra es algo / perfectamente serio".

Habíase formado por don Luis en aquella biblioteca un fondo de cultura general por parecerle, como después lo vio con-

firmado en un boletín de la UNESCO, que no había razón para que careciera ella, por más técnica que fuera, de algunos libros escogidos de autores clásicos universales. Y así entraron allí como si dijéramos cogidos de la mano, Cervantes y Shakespeare, y Homero y Dostowieski para regocijo de otros lectores que no fueran ni agrónomos ni veterinarios, y aún para solaz de estos mismos, las voces que no estuvieran ellos en riguroso plan de investigación. ¡En cuáles se vio don Luis Villagómez por haber dado este paso! Creyeron los técnicos que la Biblioteca de Agricultura se perdería entre las novelas, aunque estas no fueran las del Caballero Audaz ni aquellas en que de seguro se inspiró la *Iniciación a la impudicia* de Vera Sacs. No sospechaban esos técnicos que unos tres años más tarde, con ese fondo de cultura general o sin él, la Biblioteca de Agricultura de Onfalia desaparecería totalmente. Y pensar que tal vez no les cause ningún estupor el saber que en el inventario final hay un renglón que dice: *¡La Odisea, por Romero!*

Aquel generoso ensayo de complementación pudo haber resultado incluso peligroso. Un buen día se presentó a la biblioteca algún experto ganadero a quien nadie hubiera imaginado con inclinaciones a la literatura. Solicitó *El Carnero* de Rodríguez Fresle que allí estaba como parte de ese fondo de cultura general. Habrían pasado solo cinco minutos desde el momento en que empezó él a mirar el libro cuando, levantándose de su asiento visiblemente disgustado, se fue a devolverlo a la empleada que lo atendió. El curioso consultante esperaba encontrar allí muy amplia información sobre la cría y explotación de los ovinos y se encontraba con unas añejas crónicas que desde luego demandaban dedicaciones menos especulativas que las suyas. Y hubiérase presentado otra ocurrencia parecida si los inventariadores que intervinieron en la liquidación de la biblioteca hubieran sido sus catalogadores iniciales, pues allí donde decía *Fastos payaneses*, de Arcesio Aragón, ellos pusieron *Pastos payaneses*. Ese libro no podía tratar de otra cosa sino de pastos y eso del título como les había sido mostrado tenía que ser un error. ¿No era aquella, pues, una biblioteca de agricultura? Oh *sancta simplicitas*.

Al argumento de inutilidad con que de un modo tan personal se juzgó la labor de la Biblioteca de Agricultura que mencionamos, se le colgó otro argumento igualmente inane: el de que allí había muchas vejeces. Con lo cual querían significar sus juzgadores que la biblioteca tenía muchos libros viejos, des-

actualizados. Y don Luis se ha quedado con la creencia de que quizá aquella apreciación pudo haber nacido de la circunstancia de que esos juzgadores se toparon allí con los libros de Lucio Junio Moderato Columela y de Marco Terencio Varrón sobre agricultura. Naturalmente una agricultura del más remoto pasado como que el ilustre Columela nació en el siglo primero y el sabidísimo Varrón por ahí cerca. Desactualizados en extremo. Y si en esos libros se apoyaron, como cree don Luis, para decir que la Biblioteca de Agricultura de Onfalia estaba llena de vejeces, a fe que no les ha faltado razón. Con todo, seguiremos creyendo que no hay ninguna valedera razón en contra de las bibliotecas, cuyo número debe aumentar cada día. Dígalo si no, entre miles, aquel consultante de buen parecer que reclamaba un día con extrañeza porque en el diccionario castellano se había cansado de buscar la palabra *fehaciente* y no la encontraba. De mucha discreción tuvo que armarse don Luis para hacerle notar, sin ofenderlo, que la palabra por él tan insistentemente buscada, jamás la encontraría en ese ni en ningún otro diccionario, a causa de haber olvidado que ella se escribe con hache intermedia.

El vilipendio sufrido por la extinguida biblioteca dirigida por don Luis Villagómez aún tuvo otros ejecutores de más fiera índole aunque más disculpables en su proceder por causa de la ignorancia que pesa sobre ellos como un fardo. Ocurrió que después de haber salido para distintos lugares la gran mayoría de los libros, aún quedaron unos pocos para los cuales no hubo caja alguna. Se trataba de volúmenes fuera de inventario, destinados a completar el envío ya hecho a uno de los lugares beneficiados con el reparto. Eran los últimos en salir. Ni estantes, ni mesas había ya en el local, por lo cual fue necesario hacer de ellos un rimerero en el suelo. Allí estaban cuando llegaron los acarreadores. Sin mucho tiento cargaron con ellos, mientras don Luis observaba con gesto melancólico la última paletada. Para mayor dolor suyo vio cuando el más joven de los acarreadores daba un puntapié a uno de aquellos libros. Después de increparlo por la vileza cometida, se inclinó don Luis para tomar en sus manos el libro ofendido. Leyó el título: *Acuerdos del Consejo de Gobierno de la República de Colombia (1825-1827)*. Sintió que se le apretaba el corazón. Era inútil en ese momento pensar en dar lecciones de amor a la patria y a los libros. Ya el acarreador iba lejos. Colgado en la pared aún se veía, entre un marco, el decálogo del libro de Watson Davis.